

cido. Cuando, por ejemplo, dice:—No he estado en tal parte, hay que contestarle:—Es falso, porque yo mismo te ví. Si el hipócrita deja por inútil su ficción, entra en la categoría de cualquiera otro pobre que necesita corregirse; pero debemos estar muy en guardia con él, porque de la hipocresía queda siempre una tendencia al engaño, que rara vez se borra por completo.

El impío tímido es el mas fácil de corregir, pero el mas difícil de adivinar: su reserva puede muy bien equivocarse con la piedad. Si no somos muy tolerantes, muy dulces, muy amigos del pobre, estaremos años enteros visitando al tímido, que se extravía en cualquier sentido, sin sospecharlo siquiera. Por el contrario, si entre el pobre y nosotros hay esa cordialidad, que engendra la confianza y que no excluye el respeto, él nos revelará sus faltas ó las confesará, despues de habernos puesto en camino de adivinarlas.

El tímido lo es por carácter; pero esta disposición natural puede estar fortificada por el temor de affigirnos con la confesion

de faltas que no sospechamos, por el de que le retiremos nuestra protección, ó por la vergüenza de aparecer culpable ante una persona que le creia virtuoso.

En cuanto á nuestra protección, debemos asegurar, que lejos de retirarla, será mas eficaz allí donde sea mas necesaria, y por consiguiente el extraviado debe estar muy seguro de ella, siempre que deje alguna esperanza de poderle volver al buen camino.

El temor de affigirnos es un noble sentimiento, que á veces impide que el pobre revele sus faltas; pero en cuanto lo sospechemos, debemos manifestarle que nada nos mortifica tanto como la duda, y que la esperanza de corregirle nos consolará del dolor de verle extraviado.

La vergüenza, el amargo sentimiento de decaer en la consideracion de los que ama, puede ser un poderoso motivo para que el pobre oculte sus errores y sus faltas: cuando lo sospechemos, hablémosle del arrepentimiento con toda la efusion de nuestra alma. Digámosle que nosotros tambien hemos caído una, dos y cien veces; que la pu-

reza es una blanca túnica, que todos manchamos; que cuando un pecador se convierte los justos lloran lágrimas de alegría; que la inocencia, como un ángel desterrado, despues de sufrir en la tierra crueles pruebas, vuelve á Dios purificada, santa, y se llama arrepentimiento; que la caridad guarda su ósculo mas amoroso para la surcada frente del caido que se levanta.

El tímido, así alentado, nos abrirá su corazon, en el que podremos hacer penetrar la luz de la verdad y el consuelo del amor.

Cualquiera que sea el carácter del pobre irreligioso, ya debamos tratarle como énico, como tímido, ó como hipócrita, hemos de observar cuidadosamente si en medio de sus errores y extravíos conserva algùn noble sentimiento, algun afecto puro, que pueda servirle de áncora de salvacion. El amor á la patria, el entusiasmo por algun arte ó ciencia, el cariño á su madre, á su hija, á su esposa, una amistad verdadera, pueden servir de base á la regeneracion de un hombre pervertido. Desde luego es fácil atraerse su benevolencia manifestando in-

teres por las cosas que él ama; y al rededor del sentimiento noble que él experimenta es posible ir agrupando otros, porque el mundo moral tiene tambien su gravitacion y sus afinidades, que aunque menos demostrables que las del mundo físico, no son menos positivas.

Recordemos tambien que el hombre, pobre ó rico, como débil, es inconsecuente, y que la lógica pasa rara vez de sus discursos á sus acciones. Así, se le vé muchas veces desdeñar unas prácticas religiosas y conservar otras, ó porque le son mas cómodas, ó porque van unidas á algun recuerdo para él querido, ó porque el hábito le ha identificado con ellas. No vayamos á presentarle la religion en forma de dilema, á imaginar que basta para convertirle demostrarle su inconsecuencia, ni, con intolérante y poco ilustrado celo, afirmemos que son inútiles ciertas prácticas, si se desdeñan ó se olvidan otras: el bien puede ser incompleto, nunca inútil, y lo que pomposamente llamamos supersticion ó inconsecuencia ridícula, puede servirnos de auxiliar poderoso.

so, tal vez de base para la regeneracion de un hombre pervertido. En las tinieblas de la culpa, cualquiera aspiracion hácia Dios es un punto luminoso, que revela el fuego sagrado.

Tampoco hemos de asustar con insensata exigencia al que apartado del buen camino quiere volver á él, pidiéndole que marche con paso firme sin tropezar, sin caer: dejémosle que ande como pueda, y aunque se pare; pero sin desistir de nuestro intento, y siempre aprovechando las ocasiones oportunas, para hacerle entender lo que no es bueno.

Hay criaturas que, como el ángel rebelde, caen en un dia; las hay, como San Pablo, que en un dia se levantan radiantes de virtud y de fe; pero el comun de los hombres cae por grados en el abismo de la culpa, y por grados se levanta y vuelve á la gracia: recordémoslo, para no pretender que sea hoy devoto el que ayer era impío.

La lectura puede servirnos de auxiliar poderoso para la regeneracion del pobre, y nunca será excesivo el cuidado que tengamos en la eleccion de libros. Seria un gra-

ve error leer ó recomendar la lectura de un libro ascético á un pobre impío: no tendria ni la posibilidad ni la voluntad de comprenderle; lo desecharia por incomprendible y por fastidioso.

Debemos tener siempre presente que el pobre es muy material, y que antes de convertirle es preciso espiritualizarle. La lectura es un buen medio; pero es preciso que esté al alcance del que ha de escucharla, y que le interese y hasta le divierta. En el embrutecimiento que suele acompañar á la miseria, es ya un buen síntoma escuchar con interes, ó solamente sin impaciencia, un libro cualquiera. Cuando decimos cualquiera, se comprende que no hablamos de un libro inmoral.

Empecemos pues por proporcionar al pobre, materializado por tantas causas, un goce que no sea material: *los libros de guerras* suelen inspirar mucho interes á la gente poco culta; y tambien habla á su imaginacion el relato de las grandes catástrofes de la naturaleza, como una inundacion, un terremoto, la erupcion de un volcan, etc.

Como los libros de historia son desgraciadamente libros de guerras, pueden llenar muy bien el objeto que nos proponemos de inspirar interes al pobre, y á nuestra prudencia toea elegir aquel que esté mas al alcance de su débil razon, y de donde se desprenda alguna lección útil, ya consignada por el historiador, ya que podamos sacar nosotros sin violencia. La relacion de los grandes cataclismos es tambien una lectura muy conveniente para empezar á modificar al que intentamos convertir. La parte maravillosa habla á su imaginacion, la fija: lo que tienen de terribles impone, inspira cierta gravedad, y en presencia de aquella isla que barrió una ola del mar embravecido, dejándola sin un sér viviente, y de la tierra que se entreabre y traga ciudades enteras, y de las montañas que tiemblan, y de los rios de fuego, se desprenden naturalmente dos reflexiones: la nada del hombre, y la omnipotencia de Dios.

Hallaremos una gran dificultad en la falta de libros, porque con el objeto que nos proponemos no se escriben: por eso mas

bien que dejar un libro al pobre, en el caso de que sepa leer, convendrá que le leamos algunas páginas de las que nos parecen mas oportunas, procurando suplir lo que falta y suprimiendo lo que no convenga.

La lectura debe ser: primero una diversion que distraiga al pobre de otras en que ofende á Dios y se arruina: luego una gimnasia para su entendimiento: mas adelante, y por grados, podrá convertirse en leccion, en precepto, en dogma: la abstraccion lo último. Antes que enseñar la doctrina, presentar el ejemplo de los que la practicaron y murieron por ella; las vidas de los santos primero, el catecismo despues.

Si este método nos parece extraño, notemos que el pobre irreligioso, pervertido por el vicio y embrutecido por la miseria, no es dócil como un niño, ni razonable como un hombre: es la criatura caída, que ha perdido la voluntad y la fuerza de levantarse: es el triste á quien matan las tinieblas y deslumbra la luz; es la tabla en que hay mucho que borrar antes de que se pueda escribir alguna cosa.